

MIGUEL ANGEL ESCOTET

El autor considera que los sistemas educativos actuales, en general, se contentan con instruir, no con educar. Recompensan la soberbia y no la humildad intelectual, enfatizan la búsqueda del prestigio individual y no el servicio a la comunidad.

Educación dentro de la vida

La educación tiene que concebirse como un proceso permanente. Una educación sistematizada durante unos cuantos años de la vida del hombre no garantiza la conservación y desarrollo de la condición humana, ya que ésta reclama el perfeccionamiento constante de la humanidad.

La educación es permanente y queda definida por su misma etimología, en el sentido de que abarca toda la vida del hombre, independientemente de si la educación es escolarizada o no, y de si la evolución bio-psico-social pertenece a una u otra etapa. Es decir, que siendo la educación un proceso inseparable de la condición humana, adquiere un carácter universal y se extiende durante toda la vida.

Pero, en la mayoría de los casos, los entes de decisión estatal o gubernamental, anparados por la falsa premisa de que la educación es fundamentalmente un proceso capacitador profesional, considerando al hombre como un agente de producción y olvidando que tiene funciones sociales, estéticas, éticas, culturales y cívicas, han creado una estructura de acreditación sobre la cual se basa todo el sistema educativo. Sistema que llena al estudiante de certificados, títulos, constancias y diplomas desde muy temprana edad, como parte de una denominada *diplomacia*, que le convierte en buscador de prestigio y le hace perder la perspectiva de que el aprendizaje es permanente y se extiende a lo largo de la vida. Pareciera que lo único importante fuera conseguir títulos y una vez obtenidos, reposar para siempre del esfuerzo realizado. Además, es necesario gastar tanta energía inútil para obtener un título que, cuando éste se alcanza, la curva de aprendizaje declina.

Por ello, los sistemas educativos mundiales, en general, se contentan con instruir y no con educar; recompensan la soberbia y no la humildad intelectual, aspecto fundamental del hombre educado; enfatizan la búsqueda de prestigio indivi-

dual y no el servicio a la comunidad. Aun en los sistemas escolarizados, nuestros profesionales no son formados para estudiar y responsabilizarse de las consecuencias sociales y ecológicas de sus decisiones, y así hoy vivimos bajo la angustia de un peligroso desequilibrio ecológico y con la desilusión de la persistencia del hambre y de la miseria en un mundo que se llena de orgullo con las conquistas de la ciencia y la tecnología.

Otra de las justificaciones de que la educación debe ser permanente radica en el hecho de que las instituciones educativas y sus sistemas de enseñanza acumulan un retraso considerable en la adaptación a los nuevos conocimientos y a los nuevos métodos de aprendizaje. Si el sistema educativo determina una serie de elementos sociales, no es menos cierto

que se encuentra condicionado por las características de la sociedad, ya que tiene que enfrentarse a sus múltiples y geométricas evoluciones. Las exigencias que emanan de los cambios de pensamiento, los descubrimientos científicos, nuevas tecnologías, el desarrollo de sistemas paralelos *educogénos* tales como la televisión y la radio, constituyen apenas algunos factores respecto a los cuales la institución educativa formal tiene dificultad de asimilación.

En este sentido, la explosión de conocimientos en que vivimos no es paralela a la enseñanza de los mismos. El profesional universitario recibe una instrucción que en parte llega a ser obsoleta el mismo día de la graduación. De ahí, la sugerencia del denominado *reciclaje profesional* para ir poniéndose al día en los avances

científicos, tecnológicos y culturales. Hoy más que nunca debe admitirse que la educación tiene que seguir más allá de la escuela y de la universidad y que estas instituciones sociales tienen como misión fundamental enseñar a aprender, inculcar que el aprendizaje no es terminal y preparar al hombre para que, después de dejar el sistema formal de educación, siga aprendiendo.

Si aceptamos que este papel de la institución educativa formal, genuina y necesaria, debe ser reforzado, obviamente sin desestimar sus otras funciones formadoras y capacitadoras, tendremos el germen de una auténtica revolución educativa en su filosofía y praxis. Es aquí en donde adquiere la educación su función permanente, en donde la denominada comunidad educativa se ve inculcada por un medio que tiene el sentido de aprendizaje a lo largo de la vida, capaz de adaptarse al futuro sin destruir para siempre estructuras y valores considerados esenciales para la supervivencia del hombre y su cultura. La educación permanente, en sus vertientes formal, no formal e informal puede concebirse, según Faure, como "un continuo existencial cuya duración se confunde con la vida misma".

Pero hasta el momento no parece estar suficientemente clara en la educación mundial la filosofía que sustenta el pasar de una *educación para la vida* hacia una *educación dentro de la vida*. Y es que todavía se mantiene el criterio de que la educación es un proceso que *prepara para la vida*, dándose a entender que en el individuo hay dos etapas diferenciadas: una de *preparación para la vida* y otra la *vida misma*.

La etapa de preparación para la vida se identifica con el proceso escolar, o de educación formal. Y la que corresponde a la vida misma se deja en manos de la propia existencia y del denominado aprendizaje incidental y accidental. Pero lo cierto es, parafraseando a Miguel Soler, que "entre un hombre que sabe mucho y otro que sabe cómo aprender lo que necesitará de aquí en adelante, la balanza se inclina cada vez más en favor del segundo".

Por todo ello, educación quiere decir que no hay una etapa para estudiar y otra para actuar. Que aprender y actuar forman parte de un único proceso que se inicia con el nacimiento y termina con la muerte del individuo. Esta concepción de continuidad existencial de la educación

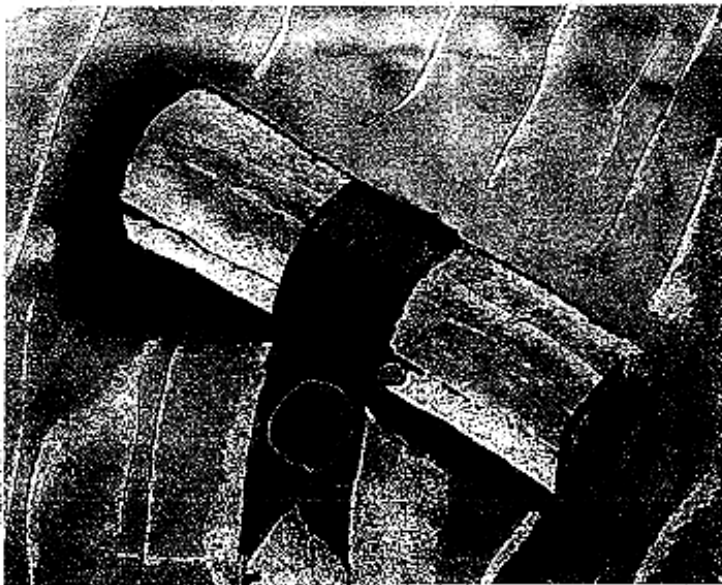
Educación dentro de la vida

— Viene de página 11

nos inclina a pensar que la escuela y la universidad no sólo son vehículos de transmisión de conocimientos sino que muy especialmente tienen que dirigirse a ayudar a que la persona piense, a enseñar a aprender, a inculcar un interés profundo por el afán de conocer; más que a dar información, a saber dónde buscarla y cómo seleccionarla e interpretarla; a generar nuevos conocimientos; a promover la educación afectiva y psico-motora; a crear conciencia de comunidad, de participación, de respeto, de tolerancia, de flexibilidad; a practicar el sentido ético en las decisiones; a correr con el riesgo de pensar.

El reto de nuestro tiempo está en construir un sistema que rompa con las barreras discontinuas de la educación formal y no formal para que el deseo de aprender y el amor por la idea de conocer se instalen definitivamente dentro de la vida del hombre. Es en cierto modo, ante los tiempos excesivamente pragmáticos que corren, marcados por un inmediatismo social, cuando se hace todavía más necesario —en expresión acuñada por C. P. Snow— formar hombres que "tengan el futuro en los huesos".

— Miguel Ángel Escotet es director general de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez y fue secretario general de la Organización de Educación Iberoamericana (OEI).



— EL SOL/Archo Dada